

- La GRIPE -

Un buen día de noviembre, mi amigo Ramón me comunicó que unos amigos suyos habían tenido la buena idea de visitar nuestra ciudad, Córdoba, aprovechando la festividad de Todos los Santos. Festividad consistente en visitar los lugares de reposo eterno (bueno eterno hasta que se termine la póliza del seguro de defunción) de nuestros familiares que un día nos dejaron. Servidor, cuyos ojos han sido testigos del Día internacional del juego de mesa, propuso en un intento laicista llamarlo el Día internacional del fiambre, en un intento de empujar las ventas de nuestra magnífica industria charcutera, pero fue injustamente ignorado mientras su abuela compraba un ramo de flores en la puerta del cementerio empujando nuestra magnífica economía sumergida.

Pero no me quiero ir por los cerros de Córdoba (los de Úbeda están siempre superpoblados).
Cómo contaba, había recibido la llamada de mi amigo Ramón.

Éste me contó que tenía la sana intención de visitar "nuestra" Mezquita con catedral incrustá, para que sus amigos pudieran deleitarse ante tal monumento cuya asistencia, si visitas Córdoba, es absolutamente recomendable; y me sugirió acompañarles pues mi presencia, en palabras suyas, "ameniza cualquier panorama"

Nota: si "amenizas algo", caes bien, pero no vas a mojar.

Se dieron una serie de circunstancias que propiciaron mi asistencia.

La primera era que estaba vestido, la segunda que ya me había comido el cuscurro que sobresalía de la bolsa del pan, y la tercera, que cada vez que me disponía tranquilamente a ver los anuncios, de vez en cuando aparecía una serie y los interrumpía (afortunadamente esto último está desapareciendo).

Quedamos en la taquilla de la Mezquita con catedral incrustá a las once hora insular, lo que aquí en Córdoba viene siendo mediodía vaya, a pesar de tener tiempo de sobra me retrasé debido a que sufrí un ataque al corazón. Intento que no ocurra cuando paso cerca de la Mezquita, me esfuerzo en ello, pero es ver el cartel del *Burguer King* situado al lado de la misma y no recordar nada más hasta que vuelvo en mí.

Por suerte, un turista alemán me pudo reanimar y evitar mi triste muerte devolviéndome a la alegre vida de la pobreza, los recortes y el desempleo; me incorporé, (porque las personas se levantan, mientras los futbolistas recuperan la verticalidad) y con un "danke" *made in idiomas planeta agostini*, que brotó de mis labios marcados de aroma germana, acudí a la taquilla de la Mezquita

con catedral incrustá.

Allí me esperaba mi amigo Ramón y sus amigos venidos de otras latitudes, para poder contemplar tan magnífico escenario, símbolo de unión de culturas, cuya magnificencia es sólo comparable a la belleza que irradia en la estampa de la maravillosa urbe cordobesa, y que recibe, con el susurro de las aves en el inconmensurable jardín de los naranjos, al curioso viajero súbitamente impactado por aquella sinfonía de arte y arquitectura.

Bueno, en realidad dijeron "estamos todos, pos vamos pá dentro", pero durante un minuto reconoce, amado lector, que tu opinión de mi estilo literario pobre y vago había cambiado.

Era un espejismo, me uno a mis detractores, si hay alguien pobre y vago soy yo.

Justo al entrar, el grupo se llevó las manos a sus bolsos y bolsillos para sacar sus *smartphones*, lo que los de mi generación llamábamos móvil y los de mi generación anterior puto móvil.

Pensé:

- Qué educados, no les ha hecho falta señal en la pared o indicación de un guardia amargado para que apaguen el sonido del móvil, sonido que a veces, cuando quedo con alguna chica por primera vez, me gusta escuchar en una sala, pero que es mezquina y tristemente interrumpido por una película.

A lo que iba, con "b", a pesar de que el PP me insistió enormemente en incluir un IVA en el relato.

Cuando inocentemente pensé que simplemente se disponían a silenciar sus móviles, a lo que asistí fue a un nuevo comportamiento social, que últimamente se ha puesto de moda y que de vivir aún Darwin se consideraría un claro paso atrás en nuestra evolución como especie.

Como Darwin ya murió (el año que Massiel terminó el Bachillerato) y nadie ha registrado nada, yo he bautizado dicho comportamiento como "GRIPE", acrónimo que obedece a "gilipollas rondando con infecto aparato electrónico".

Para contraer esta enfermedad sólo es necesario:

Primero, ser un gilipollas.

Segundo, tener cualquier aparato sea móvil, *tablet* (de chocolate blanco o negro), *ipad*, portátil... que sirva para abstraerse de la realidad que rodea y de la conversación de los demás.

Nada más fijar sus pupilas en la pantalla de su aparato, una de las amigas de mi amigo Ramón, que por sus síntomas tenía claramente GRIPE, exclamó bajo un maravilloso arco de herradura sobre dos

impolutas columnas con magníficos capiteles:

- Qué gracioso cari lo que ha escrito Jaime en *facebook*.

Pero su cari no escucha, porque su cari tenía antes una *sanyo* con un carrete de 24 fotos, así que se pensaba muy mucho dónde hacerlas y cuándo hacerlas, si alguien salía con los ojos cerrados o la boca torcida, sencillamente se jodía, y al acabar las vacaciones las fotos se revelaban y se ponían en un álbum que algún desgraciado te había regalado por tu cumpleaños.

Pero ahora no, ahora cari tiene GRIPE, y lo que es peor, tiene 4 gigas de memoria para explayarse. No va a admirar la ampliación de la mezquita hecha por AL-Haken II, porque está perdiendo el tiempo en grabar cada instante de la visita con su móvil, perdón *smartphone*, que me pueden las viejas costumbres, para luego enseñárselas a otro enfermo de GRIPE que en estos instantes está grabando la cara de la Gioconda con su *iphone* en París. ¿Enigmática la sonrisa de la Gioconda? Viendo la panda de papanatas y griposos que la fotografían y graban, no sé cómo la mujer no ha roto aún a partirse de risa.

Ante tal situación, me aparté de la zona cero de la epidemia, y seguí admirando las magníficas perspectivas formadas por la multitud de arcos con sus característicos tonos blancos y rojizos. Y después de pasar por unos preciosos y elaboradísimos arcos polilobulados me dirigí a mi parte favorita del edificio, el mihrab (la pronunciación de esta palabra varía según si estudias traducción o vendes algo en la Puerta Gallegos).

Allí, desafiando mi tortícolis crónica contemplando el maravilloso techo, los segundos se me pasan volando, y estando allí, en pleno deleite, mi mente estaba tan distraída y extasiada que no fue consciente de que estaba siendo acorralado por un grupo de estudiantes.

Mientras el profesor se dejaba la voz explicando los entresijos del mihrab, los muchachos, claramente con síntomas de GRIPE, se dedicaban a grabar el panorama con sus *smartphones*, esto es harto difícil, pues mientras graban con un pulso que los eliminaría de cualquier prueba de acceso a artificieros, tienen que grabar los 360 grados del edificio, haciendo que por poco tiempo, los jovenzuelos se convirtieran en bailarines del ballet nacional, dando una vuelta con doble "e" (por estúpida y por evitable) sobre sí mismos para acabar en el mismo punto dónde todo empezó al apretar el "play".

Después de los giros, el espectáculo prosiguió con el contorsionismo, la inteligencia estudiantil no ha decaído, pues es admirable como los niños estudian ahora cada lugar, cada luz, cada contraste, para ver qué postura, qué gesto, puede ser el más extraño y el más gilipollesco para salir retratado.

Creo que los ganadores fueron cuatro chicas delante del mihrab haciendo el pino puente, y un grupo de muchachos tirando un penalty debajo de un arco de herradura.

Para terminar, una foto de morritos, clarísimo síntoma de GRIPE aguda y un video haciendo el *gagnam-style*.

Cuando iba a usar el cristal de mis gafas para cortarme las venas, apareció mi amigo Ramón:

- ¡Que te pierdes macho! - Sí, creía que estaba en Alcorcón, no te jode.

En compañía de Ramón, conduje mis pasos hacia la catedral incrustá.

Es un buen ejemplo arquitectónico de "esto lo pongo aquí por mis cojones", pero una vez superado el primer impacto, hay que reconocer su valía.

Sus techos están muy elaborados, la cúpula otorga gran luminosidad y el coro, en madera, es sencillamente magnífico.

De nuevo, me hallaba ensimismado y con la mirada perdida entre tanto torrente artístico, cuando fui abruptamente interrumpido.

- Oye, ¿ nos echas una foto? - me dice uno de los caris.

-Si hombre sí.

- Tienes que apretar aquí, en la pantalla. ¿ Ves ?

- No no, cari, hazlo con el mío – interrumpió el otro cari, mientras me quitaba el móvil de las manos.

- Es que el mío, ¿ ves el numerito ? Tiene más resolución.

Gracias por explicar algo que me importa un carajo, fantasma.

Tras la foto, les indicó observar el retablo o desde la posición contraria admirar el coro.

Pero los caris ya no me escuchan, están en comandita subiendo la foto a *twitter* y discutiendo su próximo *tweet*, (que yo pensaba que era una nueva chocolatina) al final, tras gran esfuerzo neuronal, y una ardua deliberación llegan a la conclusión que el mejor y más original *tweet* es "en la mezquita de Córdoba con Ramón".

No si antes, con excelentísima educación y humildad, preguntarme:

- ¿Tienes *twitter*? ¡Así te incluimos!

No, no tengo *twitter*. Tengo dos cojones, y en estos momentos están muy inflados.

Abandonamos la Mezquita con catedral incrustá, me despido de esa belleza hasta otra ocasión y caminamos hacia algún bar para tomar un refrigerio.

Nada más tomar posición en una mesa, me excuso del grupo por necesidades fisiológicas y después

de aliviar la vejiga, regreso de nuevo a la zona de mesas.

Pero cuando vuelvo, y a pesar del infarto de esta mañana, quedo sobrecogido.

Todo el bar está en silencio, como cuando Rod Taylor asistía estupefacto a la siniestra última escena de la película "Los pájaros".

Sólo que en esta ocasión el silencio no es cortado por graznidos, sino por el sonido provocado al chocar los pulgares contra la pantalla.

Da igual que en una mesa haya tres japoneses, cuatro franceses, cinco alemanes o dos hombres y un destino; la gente no habla, no se comunica, no dialoga, no comenta el puto partido de ayer, sólo pum, pum, pum... golpean las pantallas de unos móviles que se han ganado, a pulso de enfermedad de GRIPE, un hueco en nuestras mesas junto al tenedor y al cuchillo.

Un balsámico "¡ oído cocina !" de un camarero, que resuena en la estancia, consigue evitar mi segundo episodio cardíaco.

Me siento, los caris verifican su cosecha de videos y fotos, mientras Ramón, con la barbilla cerca del hombro de uno de ellos, sonríe mientras los pulgares de los caris se deslizan por la pantalla.

Así que ante tal situación, y después de dos buenos tragos de zumo de cebada y lúpulo, les pregunto:

- ¿ Habéis disfrutado de la Mezquita ?

- ¡ Oh muchísimo ! Hemos hecho un montón de vídeos y fotos, y ahora mismito las subimos.

Puede que tengas 30 minutos de vídeo, 130 fotos, y una reproducción en realidad virtual, pero has visto el mundo por una pantalla de cinco pulgadas. La grandeza no siempre se puede resumir y a veces ni siquiera abarcar.

La belleza debe paladearse como un buen caldo, con paciencia y quietud, si observas el mundo por un agujerito, tendrás multitud de archivos, pero muy pocas vivencias, y si no te has estremecido viendo por primera vez la vista del puente romano sobre el Guadalquivir, con la torre de la Calahorra y la Mezquita, deberías revisar tu GRIPE, porque la tecnología te está absorbiendo las sensaciones.

- Bueno, encantado, me marchó.

- ¿ Te vas ya ?

-Sí, voy a pillarme un VHS, que me han dicho que se ve mejor que el *beta*.

Valverde.